

un animal puede pasarse sin tal ó cual órgano, la naturaleza prescinde de otorgárselo, por inconvenientes que puedan resultar de ello; muchas crugas carecen de ojos; estos desdichados animales avanzan á tientas de hoja en hoja, y como no tienen tentáculos, levantan tres cuartas partes de su cuerpo en el aire y se balancean á derecha é izquierda hasta que tropiezan con cualquier obstáculo, sucediéndoles con frecuencia que pasan al lado del alimento sin poder hallarle. Esto es un resultado de la *lex parsimonie naturæ* al enunciado de la cual: *Natura nihil facit supervacaneum* puede añadirse *et nihil largitur*. Esta misma tendencia de la naturaleza se manifiesta en el hecho de que la *vis naturæ medicatrix* es más activa en el individuo cuando la edad le hace más apto para la reproducción; sus llagas cicatrizan pronto y sus enfermedades curan fácilmente. Este privilegio va decreciendo al par que decrece la aptitud para la reproducción y se pierde casi totalmente cuando aquélla ha desaparecido, pues desde ese instante el individuo carece de valor á los ojos de la naturaleza.

Volvamos otra vez la mirada hacia la escala de los seres, con sus respectivos grados de conciencia, desde el pólipo hasta el hombre. Veremos esta admirable pirámide que la muerte incesante de los individuos pone en un estado de perpetua oscilación, conservarse, á pesar de esto, hasta lo infinito en las especies por medio de la reproducción. Así, pues, mientras el elemento objetivo, la especie, como he demostrado antes, permanece indestructible, el elemento subjetivo, que no subsiste más que en la conciencia de los seres, parece tener una duración muy corta, pereciendo sin cesar, para salir de nuevo, incesantemente, de la nada por un procedimiento incomprensible. Se ne-

cesita, tener un entendimiento muy limitado para dejarse engañar por esta apariencia y para no comprender que aunque el elemento objetivo reviste sólo la forma de la duración en el tiempo, el elemento subjetivo, es decir la voluntad que vive y se manifiesta en todo, y con ella el sujeto conocedor en quien se manifiesta, deben ser tan indestructibles como aquél, pues la permanencia exterior no puede ser, en definitiva, más que el fenómeno de la permanencia interior, puesto que lo objetivo no puede tener otras cualidades que las que recibe de lo subjetivo, siendo imposible que ese elemento objetivo, sea primordialmente y por esencia alguna cosa exterior, un fenómeno, que se hace secundaria y accidentalmente algo subjetivo, una cosa en sí, una conciencia en sí. Evidentemente, lo objetivo como manifestación supone alguna cosa que se manifiesta; como ser existente para los demás algún ser existente en sí; como objeto un sujeto. Lo contrario es imposible; la raíz de todas las cosas tiene que estar en lo que son por sí mismas, es decir, en lo subjetivo y no en lo objetivo, ó sea en lo que son para los demás y en la conciencia de otro.

Esto se acomoda bien con lo que dijimos en el libro primero, á saber: que en filosofía, el verdadero punto de partida es necesaria y esencialmente el principio subjetivo, es decir, idealista, y que su contrario, el principio objetivo, conduce al materialismo. Mirándolo de cerca, nuestra identidad con el mundo es mayor de lo que pensamos; la esencia del mundo es nuestra voluntad; su fenómeno nuestra representación. Si nos penetráramos bien de esta identidad veríamos desaparecer toda diferencia entre la permanencia del mundo exterior después que muramos y nuestra propia permanencia después de la muerte; ambas continuidades

se confundirían en una misma y única permanencia y nos reiríamos de la ilusión que las mantiene separadas. La comprensión de la indestructibilidad de nuestra esencia coincide con la de la identidad del macrocosmos con el microcosmos. Para comenzar, y á fin de que quede dilucidado lo que acabamos de exponer, puede apelarse á un experimento especial para la cual hay que valerse de la imaginación y que podríamos llamar un experimento metafísico. Debemos tratar de representarnos lo más vivamente posible el tiempo, que nunca podrá ser muy lejano, en que habremos ya muerto. Nos suprimimos á nosotros mismos con el pensamiento dejando subsistir el mundo exterior, y nos sorprenderemos al descubrir que haciendo esto no cesamos, con todo, de estar presentes. Es que hemos querido representarnos el mundo separado de nuestro propio individuo, cuando el *yo* es en la conciencia el elemento inmediato para el cual y por el cual únicamente existe el mundo. Suprimir este foco de toda existencia, ese núcleo de toda realidad, dejando subsistir el mundo es un pensamiento posible de concebir en abstracto, pero imposible de realizar. Cuantos esfuerzos se hicieran para llegar á ello serían inútiles. Tratar de concebir lo secundario sin lo primario, lo condicionado sin la condición, lo que se sostiene en otra cosa sin aquello que lo sostiene, es tentativa tan estéril y tan imposible como la de concebir un triángulo rectángulo equilátero, el comienzo ó el fin de la materia ó cualquier otra imposibilidad por el estilo. En vez del resultado que buscábamos, hallamos en nosotros la persuasión de que el mundo forma parte de nosotros como nosotros formamos parte del mundo y de que la fuente de toda realidad está en nuestro interior. La consecuencia verdadera puede formularse

así: el tiempo en que yo no existiré, llegará objetivamente, pero subjetivamente no puede llegar. Tenemos, pues, el derecho de preguntarnos hasta qué punto cada hombre, en lo hondo de su corazón, cree efectivamente en una cosa que ni siquiera puede concebir. El experimento intelectual que acabamos de proponer y que cada cual habrá ensayado más ó menos perfectamente, trae siempre consigo la conciencia íntima de la indestructibilidad de nuestro ser en sí. Por consiguiente, casi llego á creer que nuestra muerte debería ser para nosotros la cosa más fabulosa del mundo.

La profunda convicción que abrigamos todos, en nuestro corazón, de ser indestructibles por la muerte y de la cual dan testimonio las angustias de conciencia que sobrevienen infaliblemente á la aproximación de nuestro fin, se enlaza estrechamente con el presentimiento que tenemos de nuestra naturaleza eterna. Spinoza espresa esto en los siguientes términos: «*sentimus, esperimurque, nos aeternos esse*». Todo hombre que discurre sólo puede creerse indestructible, admitiendo que su ser no ha tenido principio, que es eterno, ó mejor dicho, que no está sujeto al tiempo. Por el contrario, el hombre que crea que ha sido creado de la nada, tiene que admitir igualmente que volverá á la nada, pues suponer que ha habido una eternidad durante la cual no existía y que enseguida ha comenzado una segunda eternidad durante la cual no cesará de existir, es una concepción monstruosa. La razón más sólida de nuestra eternidad es la máxima «*ex nihilo nihil fit, et in nihilum nihil potest reverti*». Teofrasto Paracelso (Obras, Estrasburgo, 1603, V, 22, p. 2), dice con razón: «Mi alma ha sido creada de alguna cosa, y por eso no caerá en la nada, porque viene de alguna cosa.» Al hablar así da la verdadera

razón. Pero cuando se considera el nacimiento como el comienzo absoluto de la existencia del hombre, hay que considerar su muerte como un fin absoluto también. En el mismo sentido ambos, nacimiento y muerte, son lo que son; no se puede considerar al hombre inmortal si no se le tiene al mismo tiempo y en igual sentido por increado. La muerte es por su esencia y su significación lo que el nacimiento; la misma línea prolongada en las dos direcciones. Si el nacimiento fuese realmente una creación de la nada, la muerte tendría que ser un retorno á la nada. Pero, en realidad, la *eternidad* de nuestro propio ser es lo que hace posible que concibamos su *permanencia*, que no es, por tanto, temporal. La hipótesis de que el hombre ha sido creado de la nada conduce fatalmente á la de su fin absoluto. En esto el Antiguo Testamento es perfectamente lógico, pues la doctrina de la inmortalidad no encaja con la de la creación de la nada. Si el Nuevo Testamento enseña la inmortalidad, es porque su espíritu, y muy probablemente también su origen, viene de la India, al través de Egipto. Pero esta sabiduría india implantada en la tierra de promisión entre la raza judía, se despega de esta tanto como la teoría judaica del libre albedrío de su dogma de la creación.

*«Humanos capiti cervicem pictor equinam.
Jungere si velit.....»*

Ha sido siempre deplorable cosa no poder ser radicalmente original. En cambio, el brahmanismo y el budhismo han relacionado muy lógicamente la permanencia después de la muerte con la existencia antes del nacimiento, y para estas religiones la vida del hombre tiene el fin de expiar el pecado de haber venido al mundo. Al admitir estos dos puntos de doctrina, se

dieron cuenta perfectamente de su relación lógica y necesaria. Hallamos la prueba de ello en el siguiente pasaje de la historia de la filosofía india de Colebrooke: «De todas las objeciones contra el sistema de los Bhagavatas, que no es herético más que en parte, aquella á la cual concedía Viasa más importancia es esta: que el alma no sería eterna, si fuese una creación, y, por consiguiente, hubiera tenido principio.» En la *doctrina del budhismo* de Upham hallamos el texto siguiente: «En el infierno, la más dura condición es la de aquellos impíos llamados Deitty, que son los que desprecian el testimonio de Budha y profesan la doctrina herética de que todos los seres vivientes han tenido principio en el vientre de su madre y tendrán fin en la muerte.»

Cuando se considera la existencia como contingente, hay derecho á temer su pérdida por la muerte. Pero si se concibe, aunque sea de una manera general, que está fundada sobre alguna necesidad primordial, no se podrá creer que ese principio necesario que ha podido producir cosa tan maravillosa, esté limitada en su acción á un período de tiempo tan corto y habrá que admitir que debe obrar eternamente. Para llegar á considerar la existencia como necesaria no hay más que reflexionar que hasta el momento actual en que el individuo existe se ha deslizado toda una eternidad de tiempos, durante la cual se han producido infinidad de cambios, y sin embargo, el individuo existe. La serie entera de todos los estados posibles se ha agotado ya, sin que hayan podido suprimir la existencia. Si el individuo pudiera dejar de existir en algún momento, no existiría ya en este instante, pues la infinidad del tiempo pasado agotó ya todos los acontecimientos posibles dentro del tiempo, y nos garantiza, por tanto, que todo cuanto existe, existe necesariamente.

De ahí resulta que el hombre debe considerarse como un ser necesario, es decir, como un ser cuya definición exacta y completa, si pudiéramos llegar á formularla, encerraría el atributo de la existencia. En esta serie de ideas se contiene la única prueba inmanente, es decir, sacada de los datos de la experiencia, que demuestra la permanencia de nuestro propio ser. La existencia debe de ser inmanente en este ser, puesto que se manifiesta independiente de todos los estados que puede originar el encadenamiento causal. Todas las causas han producido sus efectos, pero con todo nuestra existencia, tan poco quebrantada por ellos queda, como el rayo de luz por el huracán que lo atraviesa. Si el tiempo por sí solo pudiera conducir á un estado de felicidad, hace tiempo que seríamos dichosos, pues tenemos la eternidad detrás de nosotros, y si pudiera conducirnos á la destrucción, hace tiempo que no existiríamos. Del hecho de que existimos se sigue que debemos existir siempre. Somos nosotros mismos el ser que el tiempo ha recogido en su seno para llenar el vacío, y así llenamos la totalidad del tiempo, sin distinción de pasado, de presente ó de porvenir y nos es tan imposible salir de la existencia como del espacio. Pensándolo bien, puede admitirse que lo que existe en toda la plenitud de la realidad, no puede jamás aniquilarse y quedar aniquilado por toda la eternidad. Esto es lo que dió origen al dogma cristiano de la resurrección universal, al de los indios de la creación perpetua del mundo por Brahma y á otros semejantes que exponen algunos filósofos griegos.

El gran misterio del ser ó no ser, que todos estos dogmas y otros semejantes estaban llamados á iluminar, se basa en que aquello que objetivamente constituye una serie infinita de tiempos, subjetivamente no

es más que un punto, un presente invisible y siempre actual; pero ¿quién se da cuenta de esto? Kant fué quien lo expuso más claramente en sus lecciones inmortales, donde demuestra que el tiempo es ideal y que sólo es real la cosa en sí. Esta doctrina es la única que explica cómo la verdadera esencia de todas las cosas, así la del hombre como la del mundo, existe estable y permanente en el *Nunc stans*, y la única que muestra que el cambio de los fenómenos y de los acontecimientos no es más que una consecuencia de nuestra manera de conocer con ayuda del tiempo, que es una forma de nuestra intuición.

En vez de decir al hombre: «Comienzas á existir á partir de tu nacimiento, pero eres inmortal», se le debería decir: «No eres una nada» y se le debería enseñar á comprenderlo en el sentido de la siguiente máxima, atribuida á Hermes Trimegisto: *Quod enim est, erit semper*. Si no se consiguiera así disipar el terror de la muerte; si, con el corazón angustiado, volviese el hombre á sus antiguas lamentaciones, diciendo: «Veo á todos los seres surgir de la nada al nacer y volver en seguida á la nada, y mi ser, hoy en el presente, pasará bien pronto también á un pasado remoto y no seré nada», habría que decirle entonces: ¿No existes ahora en el presente? Ese presente tan precioso que vosotros, hijos del tiempo, codiciáis con tanta avidez, ¿no lo tienes actualmente en real y plena posesión? ¿Sabes cómo has llegado á él? ¿Conoces los caminos que te han traído para afirmar que con la muerte te quedarán cerrados? No comprendes la existencia de tu yo, después de la destrucción de tu cuerpo, pero ¿comprendes mejor tu existencia actual y la senda por donde viniste á ella? ¿Qué razones puedes tener para pensar que las vías secretas, que estuvieron abiertas

para conducirte al presente actual, no continuarán libres, abriéndote paso á otro presente, hoy futuro?

Si estas consideraciones son propias para convencernos de que hay en nosotros algo imperecedero, es porque nos elevamos á un punto de vista en que el nacimiento no es el principio de la existencia. De donde se sigue que lo que la muerte no puede aniquilar no es propiamente el individuo, el cual, por otra parte, habiendo venido al mundo por la procreación y presentando las cualidades de su padre y su madre, representa en cierto modo una nueva variedad de la especie, y como variedad no puede menos de ser cosa finita. De igual modo que el individuo no tiene recuerdo alguno de su existencia anterior al nacimiento, después de la muerte no podrá tener tampoco recuerdo de su existencia actual. Como cada cual coloca su *yo* en la conciencia, ésta le parece inseparable de la individualidad, con la cual desaparece todo lo que es peculiar al individuo y le diferencia de los demás. Así, no puede distinguir su permanencia sin individualidad de la permanencia de los otros seres, y ve perecer su *yo*. Pero el que liga de esta manera su existencia á la continuidad de su conciencia y reclama para ésta una continuidad indefinida después de la muerte, debería comprender que no podría obtenerla en todo caso, sino con la condición de un pasado igualmente infinito que precediese á su nacimiento. Y como no tiene recuerdo alguno de una existencia anterior á su nacimiento, y, por tanto, su conciencia principia en el momento en que nace, debe parecerle que viene de la nada. Adquiere, pues, una eternidad de existencia después de la muerte á costa de una eternidad de existencia antes del nacimiento, con lo cual sesalda la cuenta, sin dejarle el menor beneficio. Si, por el contrario,

la existencia, que no puede aniquilar la muerte, es distinta de aquella que acompaña la conciencia individual, será tan independiente del nacimiento como de la muerte, y de ella podrá decirse con igual verdad: *existiré eternamente ó he existido eternamente*, lo cual nos da dos eternidades en vez de una.

En realidad, el gran equívoco está en la palabra *yo*, como se comprenderá fácilmente si se recuerda el contenido de nuestro segundo libro, en el cual establecí la distinción entre la parte conocedora y la parte volitiva de nuestro ser. Según entendamos aquella palabra, podremos decir: «La muerte es mi fin absoluto», ó bien: «Así como soy una parte infinitamente pequeña del mundo, el fenómeno individual que constituye mi persona, es una parte infinitamente pequeña de mi verdadero ser». Pero el Yo es el punto oscuro de la conciencia, como el punto de inserción del nervio óptico es el punto ciego de la retina, como la sustancia del cerebro es insensible, como el cuerpo del sol es oscuro, como el ojo que lo ve todo no se ve á sí mismo. Nuestra facultad cognoscitiva está dirigida enteramente hacia lo exterior, lo cual es lógico, siendo como es el producto de una función cerebral, creada únicamente con la mira de la conservación del individuo y en forma que sirviese para hallar los alimentos y capturar la presa. Esto hace que el hombre no conozca de sí mismo más que el individuo, tal como se ofrece á la percepción exterior. Si pudiera conocer lo que es más de eso y más allá de eso, se desprendería, sin tanta lucha de su individualidad; su apago á ésta le haría sonreír, y se diría: ¿Qué me importa la pérdida de esta individualidad, si llevo en mi seno la posibilidad de millones de individualidades? Comprendería que el resultado es el mismo, no poseyendo la permanencia

individual que si la tuviese, puesto que lleva en sí con que suplirla largamente. Y no olvidemos tampoco que la individualidad de la mayor parte de los hombres es tan miserable y mala, que al perderla nada pierden en verdad. Lo que en ellos tiene algún valor es el elemento general humano, y éste puede contar con la inmortalidad. Es indudable que si lo individual, con su inflexible inmutabilidad y sus estrechos límites tuviese duración eterna, su monotonía acabaría por producir tal hastío, que para librarse de él se preferiría caer en la nada. Pedir la inmortalidad para el individuo, es querer eternizar un error, pues en el fondo la individualidad no es en cada caso más que un error, una equivocación aislada, algo que sería mejor que no existiese, y el fin real de la vida consiste en desengañarnos de ese error. Lo confirma la circunstancia de que la mayoría de los hombres, por no decir la totalidad, está hecha de tal suerte, que no podría hallar la dicha en mundo alguno al que fuese transportada. En efecto, en otro mundo, cuanto más libres se hallasen los hombres de miserias y de guerras, mayormente les consumiría el aburrimiento, y cuanto más se emancipasen de éste, más dominados se verían por las necesidades, los cuidados y los dolores. Para que el hombre pudiese disfrutar de una condición feliz, no bastaría en manera alguna trasladarle á un mundo mejor; habría que cambiarle á él radicalmente, de tal manera que no fuese lo que es, sino lo contrario. Mas para esto lo que se necesitaría primeramente es que dejase de ser lo que es. La muerte llena provisionalmente esta condición, y, considerada desde tal punto de vista, se advierte ya su necesidad moral. Ir á un mundo mejor y cambiar toda nuestra manera de ser, significa en realidad lo mismo. Sobre esto des-

cansa la subordinación de lo objetivo á lo subjetivo, que expusimos en nuestro primer libro al tratar del idealismo, y este es el punto en que la filosofía trascendental se enlaza con la moral. Si esto se considera, se hallará que para poder despertarnos del sueño de la vida, no hay otro medio que deshacer enteramente su trama, y la trama de este ensueño es su órgano mismo, la inteligencia y sus formas, con las cuales continuaría el ensueño desarrollándose hasta lo infinito; tan íntimamente ligados se hallan ambos elementos. Pero el objeto del ensueño es distinto del órgano, y subsiste después de destruido el último.

El hombre que teme que la muerte sea la destrucción de todo, es semejante á aquel que, soñando, creyese que no existían más que ensueños, sin alguien que soñase.

Supuesto que la muerte extingue definitivamente la conciencia individual, ¿será tan deseable ver encenderse de nuevo esa conciencia para existir hasta lo infinito? Lo que encierra la conciencia individual no es, en su mayor parte, y casi puede decirse en su totalidad, más que una serie de menguados pensamientos terrestres y una sucesión de cuidados sin tregua; ¡dejadlos, pues, que alguna vez se calmen! Obedeciendo al imperio de un tan exacto sentimiento, los antiguos grababan sobre las piedras de sus tumbas inscripciones como ésta: *Securitati perpetuae ó bonae quieti*. Si se quiere la permanencia de la conciencia individual para establecer recompensas ó castigos más allá de la vida, es porque, en realidad, se trata de conciliar la virtud con el egoísmo, siendo cosas incompatibles, como absolutamente contrarias que son. Mas, por otra parte, el espectáculo de hermosas y nobles acciones despierta la convicción inmediata y firme de que